



Prepared for the conference

“Municipal Strategies of Crime Prevention”

Woodrow Wilson International Center for Scholars

Washington, D.C.

December 10, 2009

RESUMEN

**LA INSTITUCIONALIDAD COMO FORTALEZA DE LA SEGURIDAD Y LA CONVIVENCIA
CIUDADANA**

Robinson Caicedo González
Colombia

En un primer momento del texto “La institucionalidad como fortaleza de la seguridad y la convivencia ciudadana”, Robinson Caicedo, esboza la estructura institucional interna de la seguridad colombiana. La institución encargada de diseñar y gestionar las políticas de defensa y seguridad nacionales. Así, tanto las Fuerzas Armadas como la Policía Nacional se encuentran bajo su dirección.

De manera más específica, la Policía es un cuerpo de naturaleza civil y permanentemente armada. Está estructurada en ocho Direcciones de tipo operativo y seis de apoyo; y, se organiza en regionales de policía, comandos de departamento y grupos especiales.

Ahora, en la medida en que el municipio es la entidad básica de división político administrativa del país, los gobiernos municipales deben encargarse de diseñar y promover políticas de prevención y disminución de violencia.

El autor se detiene en el caso específico de Bogotá, que está “influenciada por dos tipos de poder: el nacional y el distrital”. También destaca que: “en ella se juntan las jurisdicciones de todas las instituciones que a nivel nacional tienen la responsabilidad de la seguridad y que en coordinación con los entes distritales, han creado un escenario propicio para que las políticas de seguridad generen resultados coyunturales y de largo aliento”.

Sin embargo, señala, que Bogotá no tiene un cuerpo de policía autónomo y si bien el Alcalde de la ciudad -que según la Constitución es el jefe de policía en lo local- no incide en el nombramiento del comandante de policía metropolitana, ni en la cantidad de personal que ejerce sus funciones en ella. Tampoco tiene decisión sobre el grupo de jueces o del personal que labora en los reclusorios.

Luego de esta introducción de cómo funciona la seguridad en Colombia y, en particular, en Bogotá; el autor se centra sobre el tema de las políticas nacionales y distritales como una “combinación necesaria para combatir la inseguridad”.

Grosso modo en Colombia, las grandes amenazas en materia de seguridad son el narcotráfico; los grupos armados, tanto paramilitares como la guerrilla; y la delincuencia organizada. En vista de ello, para Caicedo, el papel de las políticas nacionales es fundamental.

El autor, da cuenta de los esfuerzos a nivel nacional que, a lo largo de las últimas décadas, han tenido lugar a favor de la reducción de la criminalidad. Estas van desde acciones como el Estatuto Antiterrorista y la reforma de la policía de 1993; hasta aquellas más recientes, que buscan, por ejemplo, recuperar el control de territorios y proteger a la población.

Pero, existen también, y el autor da cuenta de ellas, experiencias locales específicamente para Bogotá, que han combinado diferentes maneras de aproximarse y enfrentar el tema de seguridad, que contempla desde el ámbito preventivo, el apoyo a organismos de justicia, la atención a grupos vulnerables; hasta la defensa y promoción de los derechos humanos, la atención de la violencia intrafamiliar y el maltrato infantil, la resolución pacífica de conflictos; pasando por , la recuperación del espacio público, la reducción de la accidentalidad vial, el desarme de los ciudadanos y el fortalecimiento de la participación ciudadana. Y, son estas acciones que en combinación con aquellas políticas de alcance nacional las que han hecho de Bogotá una de las ciudades más competitivas de América Latina.

Para que estas acciones sean posibles, el autor sostiene que las transformaciones institucionales que ha sufrido el municipio de Bogotá en los últimos años resultaron clave, pues fueron construyendo un entorno favorable para la gestión de la seguridad. En el texto completo, el autor menciona las más importantes. De la misma manera, da cuenta de los esfuerzos que permitieron elaborar un diagnóstico de la situación de la seguridad y evaluar las políticas ya implementadas para un mejor diseño de las acciones futuras. El autor, también, reconoce la importancia de la preocupación del municipio por realizar actividades que fortalezcan la capacidad de planeación y diseño de programas que busquen mejorar las condiciones de seguridad de la ciudad.

De manera, quizá, un poco más específica y tomando en cuenta su importancia, Caicedo nos presenta las estrategias de prevención, situación que hicieron posible la recuperación del espacio público, —uno de los esfuerzos más reconocidos de la gestión municipal a nivel regional—, lo que al mismo tiempo, contribuyó a la mejora de la percepción de la seguridad, disminuyendo, incluso, delitos de gran impacto.

En la misma línea de actividades más concretas, el autor hace un recuento de aquellas acciones que contemplaron la recreación “como forma de atender grupos vulnerables” y de “extraer de los esquemas de violencia a muchos jóvenes bogotanos”. Asimismo, habla de aquellas medidas de corte, más bien, coercitivo y del fortalecimiento de la policía metropolitana cuyos logros se reflejaron, sobre todo, en una mayor tranquilidad en la ciudad y en la creación de “culturas de auto cuidado”.

En un tercer momento del documento, Caicedo nos habla sobre la importancia de las evaluaciones permanentes de los proyectos, en la medida en que permiten, por un lado,

continuar procesos; y, por el otro, crear nuevas iniciativas. Menciona a los indicadores de delincuencia y mediciones sobre percepción y victimización como ejes claves para este componente. Como ejemplo de ello, retoma los hallazgos del Observatorio de Seguridad de la Cámara de Comercio de Bogotá que se basa, al mismo tiempo, de los datos ofrecidos por el Centro de investigaciones criminológicas de la policía nacional. En la misma línea el autor hace énfasis sobre la importancia de contar, también, con evaluaciones externas y programas de seguimiento.

Para elaborar este documento, Caicedo se basó en dos estudios con resultados contradictorios. Uno que sostiene que Bogotá ha alcanzado este auge gracias a las políticas implementadas desde los planes de desarrollo que se concentran en el comportamiento ciudadano y en la urbanización. Y, otro, que halla, más bien, que se debe a “una inercia del comportamiento de los indicadores, gracias al debilitamiento de las causas generalizadas de la inseguridad en el país”.

En vista de ello y de las iniciativas aquí revisadas, Caicedo nos presenta una serie de conclusiones. Primero, sostiene que para lograr mejores resultados es necesario la complementariedad de las políticas locales con las nacionales, e, incluso que las últimas planteen retos a los gobiernos locales.

Segundo, recalca la importancia de prevención situación, que al combinar “una cultura ciudadana” con una mejora de los entornos, generan escenarios de tranquilidad y optimismo que, a su vez, benefician al orden público y a la percepción de seguridad. Habla, también, de la importancia de la participación comunitaria y, de su reconocimiento.

Tomando en cuenta, ahora, otra perspectiva, el autor señala la importancia de invertir en seguridad para que las iniciativas no solo sean posibles, sino sostenibles. También en la línea de gestión, el autor llama la atención sobre la corresponsabilidad pública privada; y la importancia de los acercamientos “microlocales”, para alternativas más viables que contemplen las particularidades de cada localidad.

Finalmente, Caicedo concluye que la prevención y la buena convivencia se han constituido hoy como “los ejes centrales de las nuevas estrategias de seguridad”. Y, que estas involucran a diferentes actores, a todos los niveles, desde el presidente y los gobernadores, hasta a los ciudadanos de a pie.